

Martin Heidegger

Hebel, el amigo de la casa

Título del original en alemán:  
HEBEL, DER HAUSFREUND.  
Publicado por Günther Neske Verlag, Pfullingen.  
Primera edición, 1957.  
Traducción de  
Karin von Wrangel y Arturo García Astrada

Heidegger, Martin; Hebel, el amigo de la casa,  
en: La experiencia del pensar, Ediciones del  
copista, Buenos Aires, 2000

## HEBEL, EL AMIGO DE LA CASA

¿Quién es Johann Peter Hebel? El camino directo para responder esta pregunta podría ser que nos hiciéramos contar la historia de su vida. Escuchamos el nombre de Johann Peter Hebel, quizás una que otra vez en la escuela. Aprendemos del libro de lectura alguna de sus poesías y guardamos de ellas un cierto recuerdo. Escuchamos también, a veces, el nombre de Johann Peter Hebel cuando leemos esta o aquella de las historias que él escribió para el calendario.

Está bien conocer el transcurrir vital de este poeta porque este transcurrir vital determinó que la latente fuente poética de este hombre llegase a brotar.

Johann Peter Hebel, nació en Basilea en 1760, donde sus padres, procedentes de Alemania, estaban al servicio de Suiza. El padre sobrevivió al nacimiento del pequeño Hanspeter solo un año. A los trece años el muchacho perdió su madre que era originaria de Hausen en el valle del río Wiese. Este valle sube desde el recodo del Rin, cerca de Basilea y Lörach, hacia arriba entrando en la Selva Negra, hasta el Feldberg. Allí se origina el río Wiese del cual Hebel ha cantado su figura y su curso en su gran poema "Die Wiese".

Más tarde asistió el joven Hebel al gimnasio en Karlsruhe. Estudió teología en Erlangen, fue vicario en la re-

gión protestante Markgräflerland y luego, muy pronto maestro en Lörach. A los 31 años volvió Hebel, ahora como maestro, nuevamente al Gimnasio de Karlsruhe. Aquí fue luego profesor y director de la escuela y logró finalmente los más altos cargos y dignidades religiosos y políticos. Murió el 22 de Septiembre de 1826, a la edad de 66 años. Más de la mitad de su vida pasó Hebel lejos de su terruño.

Es que lejos de su terruño estaba para él Karlsruhe, porque la proximidad del país de su nacimiento y de su niñez continuamente lo llamaba y lo atraía de modo irresistible. Las savias y las fuerzas de la tierra natal y el vigoroso y sereno espíritu de sus habitantes, que por él sentían honda simpatía, permanecieron vivamente en el ánimo y el espíritu de Hebel. El único sueño de su vida, poder vivir y servir como pastor en un pueblo de la región de Markgräflerland, no se cumplió sin embargo. Pero el encanto de su tierra natal tenía fascinado a Hebel. De la nostalgia por su terruño surgieron sus "Poesías alemanicas". Ellas aparecieron en 1803. Hebel escribió en el prólogo:

"El dialecto, en el cual estas poesías están compuestas, puede legitimar su nombre. Él señorea en un sector del Rin entre Fricktal y el antiguo Sundgau y, más allá, con diversas modificaciones hasta Los Vosgos y los Alpes y, pasando la Selva Negra, en una gran parte de Suavia"<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Los textos de Hebel son citados según la edición al cuidado de Wilhelm Altwegg, t. I, II y III, Atlantis Verlag, Zürich-Freiburg i. Br. 1940; las cartas según la edición completa de la *Correspondencia*, al cuidado de Wilhelm Zentner, Verlag, C. F. Müller, Karlsruhe 1939 (N. del A.).

Nosotros podríamos pensar que la poesía de Hebel, siendo ella poesía dialectal, sólo habla de un mundo limitado. Se cree, además, que el dialecto es un mal uso y una deformación del correcto idioma. Tal creencia se equivoca! El dialecto es la misteriosa fuente de todo lenguaje que crece orgánicamente. De él fluye hacia nosotros todo lo que en sí alberga (birgt) el espíritu del lenguaje.

¿Qué alberga el espíritu de un auténtico lenguaje? Él custodia en su seno las sencillas pero fundamentales relaciones con Dios, con el mundo, con los hombres y las obras y ocupaciones de éstos. Lo que el espíritu del lenguaje alberga en sí es aquello sublime que impera a través de todo y desde donde cada cosa tiene su origen de modo tal que ella vale y fructifica.

Esto sublime y auténtico revive en el lenguaje. Pero se extingue también con él en el momento en que un lenguaje se ve privado de aquella fuente que es el dialecto. Johann Peter Hebel supo esto claramente. Por eso escribió en una carta poco antes de la aparición de las "poesías alemanicas" que estas permanecieron "con el carácter y en el horizonte de esa pequeña comunidad dialectal" (la alemanica, se comprende), pero que, al mismo tiempo eran "poesía noble" (Cartas, pág. 114).

¿Qué es esto de "poesía noble"? Es una poesía que tiene nobleza, es decir, una alta procedencia que le viene de lo permanente en sí y cuya prodigante fuerza no se agota nunca. Resulta, entonces, que Johann Peter Hebel, no es puro poeta dialectal y regional. Hebel es un poeta universal. De esta manera tendríamos ya la respuesta a nuestra pregunta de quién era Johann Peter Hebel. Sin

embargo aún no tenemos la respuesta. Sólo la tendríamos si nosotros ya supiéramos lo que hizo a Hebel llegar a ser el gran poeta que él es. Por eso preguntamos una vez más: ¿Quién es Johann Peter Hebel?

Anticipamos la respuesta a esta pregunta diciendo: Johann Peter Hebel es el amigo de la casa.

La respuesta suena al principio extraña y quizá hasta incomprensible. Amigo de la casa es una expresión sencilla, pero, a la vez profunda y ampliamente significativa. En virtud de una extraordinaria perspicacia ha encontrado Hebel la expresión *amigo de la casa* y ha conservado su incitante peculiaridad significativa. Hebel eligió dicha expresión para el calendario editado por él para la zona de Baden. Pero al mismo tiempo reconoció en el título del calendario "amigo de la casa" la expresión que nombre su propia vocación poética. Hebel, como escribió al "muy ilustre ministerio gran ducal" de Karlsruhe en 1811, fue "entusiasmado por la bella idea de hacer del calendario del *amigo de la casa* de la región renana, una reveladora presencia (*Erscheinung*) que fuera bien recibida, que beneficiara y, de ser posible, fuera el más excelente calendario de toda Alemania. Y hacerlo de manera tal que resultara triunfante en cualquier competencia"<sup>2</sup>.

Lo que Hebel dice aquí sobre su bella idea del calendario, merece que nosotros lo meditemos palabra por palabra.

<sup>2</sup> El lugar donde habla de "la bella idea que entusiasmó (a Hebel) para la elaboración de calendario del *amigo de la casa* de la región renana" se encuentra en una carta de Hebel del 17 de noviembre de 1811 dirigida al "Muy ilustre Ministerio gran ducal de Karlsruhe". Cf. Heinrich FUNCK, *Über den Rheinländischen Hausfreund und Johann Peter Hebel*, 1886, pág. 77. (N. del A.).

El calendario debería llegar a ser una reveladora presencia (*zu einer Erscheinung werden*). Él debería siempre lucir ostensiblemente y alumbrar el cotidiano transcurrir de la vida de los hombres. El calendario no debe simplemente presentarse como cualquier otra publicación que desaparece tan pronto ha sido vista.

La reveladora presencia del calendario debería ser "bien recibida"; debería ser libremente saludada, pero no, como era usual entonces, impuesta a la gente por la autoridad.

La reveladora presencia del calendario debería ser "benéfica"; estar movido por el deseo de fomentar el bienestar y aliviar los dolores del lector.

Al mismo tiempo debe el calendario, más allá de los estrechos límites de la comarca, hablar del modo más "excelente" a toda Alemania. Y así sucede porque Hebel mide su decir y su escribir con la más alta escala. Sólo por eso él puede valorar el alcance de una tal presencia.

Finalmente, Hebel no teme en afirmar que todo lo concreto que puede hacer el hombre es un don de la victoria que se obtiene en honrosa competencia. Y eso vale aún para un calendario. Actualmente la revista ha reemplazado y dejado sin vigencia al antiguo calendario. Aquella, la revista, dispersa, disuelve, coloca lo esencial y lo inesencial sobre la misma uniforme superficie de chatura, de lo efímeramente atractivo y, sin embargo, ya pasado. Este, el calendario, procuraba antiguamente señalar lo permanente en lo sencillo<sup>3</sup> y mantener vivo el repetido leer y meditar.

<sup>3</sup> Heidegger realiza un significativo juego de palabras con *scheinen* (brillar), *erscheinen* (aparecer, presentarse, revelarse), *bes-*

No presintiéndolo, Hebel ha conferido a la "bella idea" de su calendario un brillo que, superando nuestro tiempo, siempre de nuevo encantará a los pensamientos y los sentidos de los hombres. ¿Cómo sucedió esto? Simplemente porque Hebel llegó a ver lo que él era: "el amigo de la casa". La expresión *amigo de la casa*, sencilla pero al mismo tiempo sugestivamente profunda, es el nombre que señala el rasgo fundamental de la misión poética de Hebel.

Si se ve el oficio del poeta exclusivamente en relación con la producción de versos, entonces se podría afirmar que después de la publicación de las "Poesías alemanicas" Hebel habría terminado de poetizar. Sin embargo son las poesías "para los amigos de la naturaleza y las costumbres campestres", solo el comienzo del alcance universal de su misión poética. Esta misión recién adviene a través de los cuentos y meditaciones de su calendario al más noble lenguaje alemán. Hebel, que vivió en una lúcida proximidad al lenguaje, supo de este tesoro. Y entonces escogió, según su propia valoración poética, los más hermosos trozos que había publicado en el *Calendario del amigo de la casa renana*. Así limitó él el tesoro a lo más valioso, le construyó un cofrecito y lo regaló en el año 1811 a todo el mundo de habla alemana con el título de *Schatzkästlein*<sup>4</sup>.

*cheinen* (alumbrar) y *unscheinbar* (sencillo, insignificante). Este juego, como tal, resulta intraducible al castellano (N. de los T.).

<sup>4</sup> *Schatzkästlein*, significa, en alemán, tanto el cofrecito donde se guardan las alhajas, como también antología o sea, una selección de textos. N. de los T.

La meditación y la creación que posibilitaron que el *Schatzkästlein* fuese una obra del lenguaje al cual nosotros tributamos nuestra admiración, constituyen aquella característica poética con la cual reconocemos a Hebel como el *amigo de la casa*. En el *Schatzkästlein* las "Poesías alemanicas" son recogidas (*aufgehoben*), pero recogidas, simultáneamente, en el triple escalonado sentido que uno de los grandes contemporáneos del poeta Georg Wilhelm Friedrich Hegel, original de Suavia piensa la palabra *aufheben*.

*Aufheben* significa, primeramente, levantar del suelo lo que allí está. Sin embargo este modo de caracterizar a *aufheben* resulta superficial en tanto él no está determinado por un *aufheben* que significa también conservar. Pero aún éste *aufheben* recibe solidez y estabilidad cuando él proviene de un *aufheben* que indica elevar, transfigurar, ennoblecer y, por eso, transmutar. Es de este modo como Hebel ha recogido, conservado y sublimado las "Poesías alemanicas" en el *Schatzkästlein*. Por todas partes el *Schatzkästlein* irradia el encanto de aquellas poesías sin que ellas propiamente estén allá.

Lo que habitualmente nosotros vemos del mundo y de las cosas divinas y humanas es resaltado por el decir poético como lo valioso y lo superabundante de misterio. El resaltante ennoblecer acontece por un lenguaje que progresivamente está elevándose. Pero la elevación conduce a lo sencillo. El elevar el lenguaje a lo sencillo significa transformar todo en el suave brillo de una palabra de tranquila resonancia. Este decir ennoblecedor caracteriza la misión poética de Johann Peter Hebel.

Recién cuando meditamos bien sobre ello comprendemos con suficiencia y persistentemente lo que hombres

beneméritos como Emil Strauss, Wilhelm Altwegg y Wlehm Zentner ya han reconocido: que también las cartas de Hebel pertenecen junto con las "Poesías alemanicas" y el *Schatzkästlein* a la unidad de su total obra poética.

Sólo pudo escribir estas cartas el poeta que entendió cada vez con mayor claridad su propia esencia como *amigo de la casa* y decididamente se hizo cargo de ella.

Sin embargo insistimos en la pregunta: ¿Quién es, pues, el *amigo de la casa*? ¿De qué modo es Hebel el amigo y de qué casa lo es?

Pensamos primeramente en las casas habitadas por gente del campo o de la ciudad. Necesariamente nos imaginamos hoy con demasiada facilidad y frecuencia a las casas como un conjunto de habitaciones donde transcurre la cotidiana vida humana. La casa da la impresión de ser cuasi un mero recipiente para el habitar. Sin embargo solo por el habitar la casa llega a ser casa. Pero a su vez el edificar por medio del cual la casa se construye es aquello que en verdad es, únicamente cuando de antemano permanece conforme al dejar habitar; dejar que despierta y permite posibilidades más fundamentales para el habitar.

Si pensamos el verbo *habitar* con suficiente amplitud y esencialidad advertimos que él nombra el modo según el cual los hombres cumplen, sobre la tierra y bajo el cielo, su peregrinaje desde el nacimiento hasta la muerte. Este peregrinaje, es polifacético y rico en mutaciones. En todas partes, sin embargo, permanece siendo el peregrinaje el rasgo fundamental del habitar o sea de la residencia humana entre cielo y tierra, entre nacimiento y muerte, entre alegría y dolor, entre palabra y obra.

Si a este repetido *entre* (Zwischen) lo llamamos *mundo*, entonces es el mundo la casa que habitan los mortales. Contrariamente, las casas individuales, las aldeas, las ciudades son siempre construcciones que en ellas mismas y alrededor de ellas congregan a aquel repetido *entre*. Recién con las construcciones la tierra, como paisaje habitado, es acercada al hombre y recién con ella es colocada, al mismo tiempo bajo la amplitud del cielo, la cercanía del habitar vecino. Solo en tanto el hombre, como mortal, habita la casa del mundo está en su destino edificar la casa para los del cielo y el hogar para sí mismo. Para la casa que el mundo es, el *amigo de la casa* es el amigo. Él está inclinado a aceptar el total y amplio habitar del ser humano. Su inclinación descansa, sin embargo, en una original pero siempre matizada pertenencia al mundo y sus edificaciones. Por eso encontramos en el *Schatzkästlein* del *amigo de la casa*, "consideraciones sobre la edificación del mundo"; sin embargo el *amigo de la casa* no ha esparcido casual y a tontas y locas las consideraciones en medio de los cuentos. Al tesoro del alhajerito (*Schatz des Kästlein*) lo ha pensado bien y primorosamente distribuido.

Más aún, hasta comienza con las "Consideraciones generales sobre la edificación del mundo" el *Schatzkästlein*. El amigo de esta casa pone primeramente ante nuestros ojos la "tierra y el sol". Luego viene la consideración sobre la luna. Después titilan las estrellas en medio del sucederse de los cuentos de la inocente y aventurera, honrada y astuta actividad del hombre: primeramente, en dos lugares, los planetas, a continuación los cometas y, como intencionado final, las estrellas fijas.

Se podría decir, y hasta con cierta razón, que las consideraciones de Hebel sobre la edificación del mundo solo siguen la corriente de su tiempo. que fue tributario del Iluminismo. Claro, entonces no era posible eludir más los conocimientos de la nascente ciencia natural moderan. Se quería comunicar a los hombres dichos conocimientos como el mejor saber posible de la naturaleza. Esta afirmación es por cierto correcta respecto a la época del Iluminismo. No obstante ella desconoce absolutamente lo que Johann Peter Hebel, el *amigo de la casa*, intenta con sus consideraciones sobre la edificación del mundo. Lo que busca Hebel recién lo advertiremos cuando sepamos quién es el verdadero amigo de la casa.

Pero qué asombroso: de ningún modo lo es Hebel ¿entonces quién lo es? La respuesta nos la da el mismo Hebel en un significativo lugar de sus consideraciones sobre la edificación del mundo. Si prestamos atención a lo especial de este lugar advertimos ya la decisiva dirección para pensar la esencia del *amigo de la casa* desde la casa del mundo. El referido lugar se encuentra al final de la consideración sobre la luna. Aquí dice:

“En octava y última instancia: ¿propiamente qué tiene que hacer la luna en el cielo? — Respuesta: Lo mismo que la tierra. Ciertamente: La luna ilumina nuestras noches con su suave luz, reflejo del brillo solar, y contempla como los muchachos besan a las doncellas. Este satélite terrestre<sup>5</sup> es el verdadero amigo de la casa, el primer ha-

<sup>5</sup> Luna, en alemán *Mont*, es sustantivo masculino y, por ello, Hebel puede decir que *el Mont*, es el amigo de la casa. Por esta razón hemos reemplazado luna por la expresión satélite terrestre (N. de los T.).

cedor del calendario de nuestra tierra y el sereno en jefe de más elevada jerarquía que vela mientras los demás duermen. (*Consideraciones sobre la edificación del mundo. La luna*, I, 326 y sgtes.).

El auténtico amigo de la tierra es su satélite, la luna. ¿Quién se atrevería a expresar en pocas palabras y, por ello mismo, inevitablemente torpes, lo que con esta imagen se muestra como lo característico del *amigo de la casa*?

Del mismo modo que la luna con su brillo, así también Hebel, el terrestre *amigo de la casa*, trae con su decir una luz y, ciertamente, una dulce luz. La luna trae la luz a nuestras noches aunque a esta luz ella misma no la ha encendido. Es sólo el reflejo que la luna previamente ha recibido del sol, cuyo brillo igualmente ilumina la tierra. El reflejo del sol que la luna devuelve suavizado a la tierra, es en su brillo como la imagen poética del decir que le es confiado al *amigo de la casa* para que, así iluminado, repita a los que con él habitan la tierra aquello que le ha sido confiado.

En todo lo que el *amigo de la casa* dice él custodia lo sustancial a lo cual los hombres, en tanto habitantes, se encuentran subordinados aunque éstos con demasiada facilidad están como somnolientos frente a ello.

El *amigo de la casa* es, como nuestro luminoso satélite, el sereno en jefe de más elevada jerarquía que permanece despierto durante la noche. Él vela entonces el justo descanso de los habitantes y presta atención a lo amenazante y perturbador.

Como primer hacedor del calendario, nuestro satélite prefigura la marcha del tiempo. Del mismo modo el decir

poético precede a los mortales en su camino del nacimiento hasta la muerte.

El *amigo de la casa* contempla cómo los muchachos besan a las doncellas. Su contemplar es benévolo, de ningún modo un curioso e indiscreto mirar. El *amigo de la casa* cuida que sea otorgado a los amantes el dulce brillo lunar que no es ni puramente terrestre ni puramente celestial, sino ambos originariamente unidos.

En la imagen de la luna nos deja Hebel descifrar la esencia del *amigo de la casa*. Marcha y estancia, actitud y gesto del *amigo de la casa* constituyen un único brillo, extrañamente detenido y, a la vez, creciente, que funde todas las cosas en una suave, apenas perceptible luz.

Esto corresponde a lo que Hebel dice de sí mismo, como *amigo de la casa*. Él pone por aquí y por allá un "pequeño granito de oro" (II.99) en sus cuentos y consideraciones. Sucede que el *amigo de la casa* renana se pasea sin fatiga a lo largo del Rin; mira por más de una ventana sin él ser visto; se sienta en más de una hostería sin ser conocido; recorre con más de algún buen hombre un camino, o dos, según la ocasión, y no se deja reconocer.

Así cuando el *amigo de la casa* habla a su atento lector piensa muchas cosas aunque, sin embargo, deja tácito lo esencial. En tal sentido puede leerse al final de una historia de calendario (II, 164: "El *amigo de la casa*, al pensar, está mentando algo pero él no lo dice. Y eso porque él sabe que su decir se dirige al «gran mercado del mundo y de la vida» (II, 172). "Al principio no se presta mucha atención a cómo éste se va y aquél viene hasta que al fin uno se encuentra entre gente totalmente diferente de cómo era el comienzo".

El amigo de la casa sabe también con claridad de qué modo esencial la vida de los mortales es determinada y sostenida por la palabra. En una carta de Setiembre de 1808, Hebel escribe: "Una gran parte de nuestra vida es una agradable o desagradable errancia a través de palabras y la mayor parte de nuestras guerras son... Guerras de palabras" (*Cartas*, pág. 372).

Nada de asombroso hay, pues que el *amigo de la casa* sufra más pesadamente de lo que nosotros creemos, soportando en forma adecuada esta guerra de palabras a través de su decir.

Hebel escribió una vez a Justinus Kerner (20 de Julio de 1817. *Cartas*, pág. 565).

"Usted sabe lo difícil que es expresar lo que hay que decir a un público determinado adecuándolo a la verdad y claridad de su vida" ...y, podemos agregar nosotros, lo difícil que es permanecer, al mismo tiempo "inadvertido y sin ser nombrado" (10 de Agosto de 1817, pág. 567). Este es, en efecto el modo de proceder del *amigo de la casa*. Una vez más, en el mismo año, aclara Hebel escribiendo (a Justinus Kerner, el 24 de Octubre de 1817. *Cartas*, pág. 569) que bajo este nombre "se habla en verdad con el lector cosas cordiales aunque tomándole el pelo sin ningún cumplido".

En el discreto decir que deja tácito lo que tiene que decir fluye lo amistoso del *amigo de la casa* hacia sus lectores. En semejante decir él encuentra y conserva una inclinación para el habitar de los mortales. Y es en esta forma cómo él entra en la casa del mundo, siendo su huésped de tal modo, sin embargo, que pareciera no serlo.

*Amigo de la casa*: Este es el promisorio y, a la vez, velado nombre para un ser al cual generalmente llamamos un poeta.

El poeta reúne el mundo en un decir cuya palabra es un brillar suavemente contenido en el cual el mundo aparece como si fuera visto por primera vez. El *amigo de la casa* no quiere únicamente ni enseñar, ni educar. Él deja al lector en libertad para que éste desde sí mismo logre ese afecto por lo real, ante lo cual el *amigo de la casa* se inclina para hablar con nosotros.

¿Qué conversación intenta el *amigo de la casa*, de la casa que el mundo es?

¿Sobre qué desea hablar en primer lugar? — Respuesta: Sobre aquello con lo cual él mismo comienza su decir en el *Schatzkästlein*. Son las "Consideraciones generales sobre la edificación del mundo". Hebel finaliza la introducción con esta frase:

"Y ahora quiere el *amigo de la casa* pronunciar un sermón primeramente sobre la tierra y el sol, luego sobre la luna, luego sobre las estrellas".

¿Un sermón? Ciertamente. Pero atendamos quien predica: el *amigo de la casa*, no el sacerdote. Pero un poeta que predica es un mal poeta, salvo que entendamos más reflexivamente al verbo predicar. Predicar es el *predicare* latino. Este significa: Proclamar algo y de este modo, hacer conocer, alabar, hacer aparecer en su brillo lo que tiene que ser dicho. Este predicar es la esencia del decir poético.

En este sentido son poéticas las "Consideraciones sobre la edificación del mundo" de Hebel. Esta es una arriesgada afirmación pues la propia intención y expresión de

Hebel parecen contradecirla. Hebel desea sólo con las citadas consideraciones iniciar a los lectores de su calendario en un mejor conocimiento sobre la edificación del mundo para que ellos se liberen de su negligente ignorancia.

La primera página del *Schatzkästlein* comienza con las siguientes frases (I. 264):

"El amigo lector se siente bien y nada más piensa cuando él está con los suyos en medio de sus montañas y árboles familiares o cuando está sentado ante un pequeño vaso en la hostería *El águila*. Pero cuando por la mañana el sol en su tranquila majestad se levanta, entonces él no sabe de dónde viene; y cuando al atardecer el sol se pone tampoco sabe él adónde marcha y dónde esconde su luz durante la noche, ni por cuál secreto sendero encuentra nuevamente las montañas para su ascenso. O, si la luna unas veces pálida y escuálidamente y otras redonda y llena pasea por la noche él nuevamente ignora cuál es la causa de ese fenómeno; y cuando alza la vista hacia el cielo pleno de estrellas donde una titila más hermosa y alegre que las otras, entonces piensa que todas ellas son puestas para él. No sabe, sin embargo, lo que ellas quieren. Mi buen amigo, no es loable ver todos los días algo semejante sin interrogarse por su significado".

El *amigo de la casa* desearía hacer a sus lectores propensos a reflexionar sobre lo que se manifiesta en los procesos y estados de la naturaleza que gobiernan el mundo que habitamos. Por eso representa él a sus lectores a la naturaleza del mismo modo que la presentan los "físicos y astrónomos" de la ciencia moderna y, ante todo, el "honrado" Copérnico es decir por números, figuras y leyes. Con cautela decimos que el *amigo de la casa*

muestra la naturaleza también en su mensurabilidad científica. Pero él no se pierde en esta concepción de la naturaleza. El *amigo de la casa* dirige ciertamente la mirada a la mensurable naturaleza, pero, al mismo tiempo, restituye la así representada naturaleza en la *naturalidad* de la naturaleza. Esta naturalidad de la naturaleza es en su esencia y, por ello, también históricamente, mucho más antigua que la naturaleza en el sentido de objeto de la moderna ciencia natural. La naturalidad de la naturaleza nunca surge inmediatamente de la naturaleza misma; más bien se la descubre propiamente en lo que antes los antiguos pensadores griegos llamaron la "*Physis*": El surgir y retornar de todo lo existente en su presentarse y ausentarse.

Lo natural de la naturaleza es aquel salir y ponerse del sol, de la luna, de las estrellas que dirige la palabra a esos habitantes que los hombres son, haciéndoles saber lo misterioso del mundo. Aunque en la explicación científica sobre la edificación del mundo el sol es pensado copernicamente, él permanece, sin embargo, al mismo tiempo, en medio de la natural naturaleza. En ella, según dos poemas de Hebel, el sol es comparado a una encantadora mujer (*tolli Frau*)<sup>6</sup> de la cual "todos" quieren recibir luz y un dulce calor", "a quien todos piden una bendición" y que, "¡no obstante siempre sigue tan bondadosa y amable!" (*Das Habermus*, I, 184 ss.: *La tarde de verano*, I, 78 ss.

¿Transforma Hebel aquí al sol en una aldeana y la sencillez de una tal aldeana y de todo ser humano surge

<sup>6</sup> *Sonne*, sol, es femenino en alemán (N. de los T.).

recién cuando el sol y las estrellas de la natural naturaleza nos ilumina con su tranquilo esplendor?

Goethe escribe en sus comentarios a las Poesías alemanicas de Hebel: "El autor transforma los objetos naturales en campesinos y, del modo más ingenuo y encantador, «ruraliza» absolutamente el universo. De este modo la comarca, en la cual siempre se contempla al campesino, parece, en nuestra exaltada y alegre fantasía, constituir una sola cosa con el universo".

Hebel "ruraliza" al universo. Este juicio parece duro y, sin embargo, es pensado amistosamente. Él toca, aún, a una cuestión que movió constantemente al tardío poetizar y pensar de Goethe.

¿Qué es, pues, lo que también nosotros, y justamente los que ahora vivimos, debemos considerar digno de un empeñoso preguntar?

Es digno de preguntarse aquello que, entre tanto, se ha elevado a lo inconmensurable e impenetrable y arrastra a nuestra época no sabemos hacia dónde.

Es digno de preguntarse aquello de lo cual nosotros aún hoy no conocemos el verdadero nombre. Y no lo conocemos porque la naturaleza de la ciencia técnicamente dominable y la natural naturaleza del habitual habitar del hombre, determinado a la vez históricamente, se ponen uno frente al otro como dos ámbitos extraños y corren divergentemente en una constante aceleración.

Es digno de preguntarse por qué la mensuralidad de la naturaleza es puesta en circulación como la única clave para el misterio del mundo.

Es digno de preguntarse por qué la naturaleza mensurable, como el presuntamente verdadero mundo, acapara

toda la reflexión y obrar del hombre transformado y endureciendo al representar humano en un pensar meramente calculante.

Es digno de preguntarse por qué la natural naturaleza se hunde en la nulidad de una fantasmagoría y, ni siquiera una vez más, dirige la palabra a los poetas.

Es digno de preguntarse por qué la poesía misma no puede ser más una forma rectora de la verdad.

Todo esto puede decirse también así: Nosotros erramos hoy por una casa del mundo a la cual le falta su amigo, aquel que del mismo modo y con la misma fuerza está inclinado hacia la edificación del mundo técnicamente realizada y hacia el mundo como la casa para un más originario habitar. Falta aquel *amigo de la casa* que podría volver a albergar la mensurabilidad y la técnica de la naturaleza en el abierto secreto de una nuevamente experimentada naturalidad de la naturaleza.

Este amigo "ruraliza", ciertamente, al mundo pero este "ruralizar" pertenece a la clase de aquel edificar que piensa en relación a un más originario habitar del hombre.

Para esto es necesario edificadores que sepan que el hombre no puede vivir por la energía atómica sino, más bien, morir, esto es, perder su ser, aún cuando la energía atómica sea usada para fines pacíficos, si estos fines permanecen como los únicos que miden toda meta y determinación del hombre. Frente a esto, los verdaderos edificadores reflexionan que aún no es un habitar, la vida que meramente se vive. Pues el hombre "habita", según la palabra de Hölderlin, cuando él habita "poéticamente... sobre la tierra".

Johann Peter Hebel es poeta en la forma del *amigo de la casa*. Es evidente que nosotros, contemporáneos, no podemos retroceder al mundo experimentado por Hebel siglo y medio atrás, ni al virginal aldeanismo de aquel tiempo ni a su limitado saber de la naturaleza.

Pero podemos observar, entonces, de qué modo lo poético del habitar humano necesita del poeta quién, en alto y amplio sentido, es el amigo para la casa del mundo.

Nosotros podemos prever hacia dónde señala Johann Peter Hebel, cuando él piensa al poeta como el *amigo de la casa* que, para el habitar del hombre, pone en consideración (*zur Sprache bringen*) la casa del mundo.

A este giro —"poner en consideración"— lo usamos habitualmente para expresar que algo es sometido a discusión y debatido. Sin embargo, cuando pensamos cuidadosamente dicho giro según el peso de sus palabras, gana él un sentido más profundo. "Poner en consideración" (*zur Sprache bringen*)<sup>7</sup> significa, entonces, elevar por primera vez hasta la palabra lo previamente no pronunciado, nunca dicho y dejar aparecer, en el decir, lo hasta ahora escondido. Si pensamos el decir desde este punto de vista entonces puede verse que el lenguaje alberga en sí el tesoro de todo lo real.

Hasta hoy sólo unos pocos han apreciado plenamente lo que estaba escondido en el *Schatzkästlein* de Johann Peter Hebel. El lenguaje literario alemán que se habla en las consideraciones y cuentos de Hebel, es el más sencii-

<sup>7</sup> En castellano no se puede sacar el partido que saca Heidegger del giro idiomático (*zur Sprache bringen*) que, traducido literalmente, sería llevar o traer al lenguaje (N. de los T.).

llo, el más claro, al mismo tiempo que el más encantador y meditabundo que jamás haya sido escrito. El lenguaje del *Schatzkästlein* sigue siendo alta escuela para todo aquel que esté dispuesto a hablar y escribir con autoridad en esta lengua.

¿Donde reside el misterio del lenguaje de Hebel? No es una artificiosa voluntad de estilo ni tampoco en la intención de escribir con la mayor popularidad posible. El secreto del lenguaje del *Schatzkästlein* reside en que Hebel fue capaz de incorporar al lenguaje literario el lenguaje del dialecto alemánico. De este modo el poeta hace resonar al lenguaje literario como puro eco de la riqueza dialectal.

¿Escuchamos aún el lenguaje del *Schatzkästlein*? ¿En general acaso nos importa nuestro lenguaje de modo tal que lo escuchemos? ¿O el propio lenguaje se nos desvanece? Tal es el caso. Lo hablado en otro tiempo por nuestra lengua, su inagotable antigüedad, se hunde más y más en el olvido. ¿Qué acontece entonces?

Siempre cuando el hombre habla, de cualquier modo que lo haga, habla solo en tanto él previamente escucha al lenguaje. Inclusive el desatender al lenguaje es aún un modo de oír. El hombre habla desde aquél lenguaje al cual su ser está adjudicado. Y a este lenguaje lo llamamos lengua materna.

En vista de que la lengua materna es lenguaje crecido históricamente podemos decir: *Propiamente habla el lenguaje, no el hombre. El hombre habla recién cuando él corresponde al lenguaje.*

Pero en la época actual, a causa de la prisa y la trivialidad del diario decir y escribir, adquiere supremacía

siempre más decisiva una otra relación con el lenguaje. Nosotros pensamos, en efecto, que también el lenguaje es como todas las cosas cotidianas con las cuales alternamos, solo un instrumento, a saber el instrumento de la comunicación y de la información.

Esta representación del lenguaje nos resulta tan corriente que apenas nos damos cuenta de su inquietante poder. Sin embargo lo inquietante se evidencia, entre tanto, con mayor claridad. La representación del lenguaje como un instrumento de la información se impone, actualmente, hasta el extremo. Se tiene en verdad, un conocimiento de este suceso pero no se reflexiona sobre su sentido. Se sabe que ahora, en el contexto de la construcción de cerebros electrónicos, se hacen no sólo máquinas de calcular sino, también, de pensar y de traducir. Todo calcular, en sentido estricto y amplio, todo pensar y traducir se mueven, sin embargo, en el ámbito del lenguaje. Y resulta que, debido a dichas máquinas, se ha logrado la máquina de lenguaje.

La máquina de lenguaje como dispositivo técnico semejante a las máquinas de calcular y traducir, es una cosa distinta que la máquina de hablar. Nosotros conocemos a ésta bajo la forma de un aparato que recoge y repite nuestro hablar pero que lo hace de tal modo que aún no se inmiscuye en el hablar del lenguaje.

En contraposición la máquina de lenguaje regula y limita ya, desde sus energías y funciones mecánica, la forma de nuestro posible uso del lenguaje. La máquina de lenguaje es —y ante todo llegará a ser— un medio por el cual la técnica moderna impere sobre la forma y el mundo del lenguaje como tal.

Mientras tanto aún se mantiene la apariencia de que el hombre gobierna a la máquina de lenguaje. Pero la verdad sería, más bien, otra: que la máquina de lenguaje pone en marcha a éste y gobierna, de ese modo, la esencia del hombre.

La relación del hombre con el lenguaje está en camino de una transformación cuyo alcance aún no medimos. El curso de esta transformación no se puede detener inmediatamente. Además sucede dentro del mayor silencio.

Debemos admitir, ciertamente, que el lenguaje cotidiano aparece como un medio de comunicación y que este medio es utilizado en las habituales relaciones de la vida. Pero, además de las habituales, aún hay otras relaciones. "Las más profundas", llama Goethe a estas otras relaciones y dice así del lenguaje:

"En la vida común nos movemos más o menos con el lenguaje porque nosotros expresamos sólo relaciones superficiales. Tan pronto el habla se refiere a las relaciones más profundas aparece inmediatamente otro lenguaje, el poético" (*Obras*, 2ª parte, t. XI, Weimar 1893, pág. 167).

A estas relaciones más profundas de la existencia humana se refiere Johann Peter Hebel cuando escribe:

"Nosotros somos plantas que —lo confesemos con gusto o no— con las raíces debemos ascender desde la tierra, para poder florecer en el eter y dar frutos". (III, pág. 314).

La tierra: Esta palabra nombra, en la frase de Hebel, todo aquello que como visible, audible, palpable nos apoya y nos circunda, nos enardece y nos calma, o sea, nombra a lo sensible.

El eter (el cielo): Esta palabra nombra en la frase de Hebel, todo aquello que percibimos pero no con los órganos de los sentidos: lo no-sensible, el pensamiento, el espíritu.

*Pero el lenguaje es el camino entre la profundidad de lo plenamente sensible y la altura del más atrevido espíritu.*

¿En qué modo? La palabra del lenguaje suena y resuena en la voz, se ilumina y brilla en la escritura. Sonido y letra son, por cierto, sensibles, pero sensibles en los cuales siempre se hace oír y se hace ver un sentido. La palabra, como sentido sensible mide la extensión del espacio entre tierra y cielo. El lenguaje mantiene abierto el ámbito en el cual el hombre, sobre la tierra y bajo el sol, habita la casa del mundo.

Johann Peter Hebel, el poeta, marcha con los sentidos lúcidos sobre caminos y sendas en los cuales nosotros podemos experimentar el lenguaje. Lo podemos si buscamos la amistad del amigo que, como poeta, el mismo es amigo para la casa del mundo; si buscamos la amistad de Johann Peter Hebel, el amigo de la casa.